

tes del trono representara la autoridad imperial el elector de Sajonia en los territorios donde predominaba el derecho sajón, y el elector del Palatinado en los territorios donde prevalecía el derecho franco. A este deslinde sumamente vago de los dos distritos se agregó otra dificultad con el traspaso de la dignidad electoral del Palatinado á la casa de Baviera, y era otro de los defectos de la paz de Westfalia el no haber determinado nada respecto del vicariato anejo á la dignidad electoral del Palatinado. El elector de Baviera sostenía que con la dignidad electoral había pasado también á su casa el derecho al vicariato en las vacantes del trono imperial; y el elector del Palatinado sostenía con igual empeño que el vicariato en los territorios del derecho franco era inseparable del cargo de conde palatino del Rin, y de consiguiente también de la posesión del bajo Palatinado.

Era urgente la resolución de esta cuestión desde la muerte del emperador Fernando III, en abril de 1657, y en las dos cortes electorales de Munich y Heidelberg se proclamó oficialmente el comienzo del vicariato con la correspondiente protesta contra el ejercicio del mismo cargo por la corte competidora. Cada una extendió cuanto pudo su círculo de acción, no faltando choques entre los dos poderes; pero como no había juez para dirimir la disputa, continuó cada parte sosteniendo su derecho hasta donde lo permitía la otra, dando lugar á un diluvio de polémicas en el cual se manifestó en toda su fealdad el odio secreto que se tenían las dos casas de Baviera. Hubo además una cuestión local que exasperó los odios. En la paz de Westfalia no se habían adjudicado á la Baviera los dos cantones de Weyden y Parkstein, situados en el alto Palatinado, sino que se habían dado en posesión común al príncipe elector Carlos Luis del Palatinado y á su primo el conde palatino Cristian Augusto de Sulzbach. Posteriormente este último se había convertido á la religión católica, y de seguida, sin respetar las disposiciones de la paz de Westfalia, había empezado á perseguir á los protestantes de Weyden. El co-propietario, ó sea el elector Carlos Luis, protestó con razón contra esta arbitrariedad y ocupó militarmente el citado cantón para proteger á sus súbditos protestantes. En esta disputa se mezclaron el emperador y el gobierno bávaro; y habiendo durado hasta el interregno se aumentó la exasperación entre las cortes de Munich y de Heidelberg. En una sesión de los electores en Francfort, en la cual se encontraba presente el elector Carlos Luis del Palatinado, al leer el embajador bávaro, doctor Oexel, un voto extenso y fundado en hechos históricos, con algunas expresiones deshonrosas para el padre del elector presente, éste le mandó que no continuase su lectura; y como el doctor Oexel continuase leyendo, cogió el príncipe un tintero y se lo arrojó á la cabeza. No le tocó, pero la tinta se derramó sobre los vestidos del representante de Baviera y de los que estaban á su alrededor. Fué aquella una escena que no se había visto todavía en el grave colegio de los príncipes electores, y algunos meses pasaron hasta que estos últimos lograron componer bien ó mal este asunto. En semejantes condiciones no pudo dirimirse la cuestión del vicariato entre la Baviera y el Palatinado, que quedó pendiente, como otras tantas cuestiones del imperio alemán, hasta que á mediados del siglo XVIII se ajustó un convenio para que ambas líneas bávaras ejercieran el vicariato alternativamente.

Más importante fué otra cuestión que se discutió entonces en Francfort y que quedó resuelta, y fué el establecimiento de la liga del Rin de 1658 (1).

(1) Joachim: *El desarrollo sucesivo de la liga del Rin del año 1658*, Leipzig, 1886; *Documentos y actas*, tomo VIII, pág. 519; Kocher: *Historia de Hanover y de Brunswick*, tomo I, pág. 195; Pribram: *Datos*

La corte de Viena había dado pruebas de que para auxiliar á España sabía eludir las disposiciones precisas de la paz de Westfalia; y siendo de temer que eludiese del mismo modo la capitulación electoral, se creó la liga del Rin, que era una continuación de las tentativas de federación entre los príncipes alemanes de las cuales hemos hablado en otra parte de esta obra, al tratar de los sucesos del Norte, que impidieron al gobierno de Brandeburgo en el año 1655 continuar sus proyectos de unión entre los príncipes alemanes. También hablamos de la liga defensiva católica que en 15 de diciembre de 1654 firmaron en Colonia los príncipes electores de Colonia y de Tréveris, el obispo de Munster y el conde palatino de Neuburg. Esta liga había hecho desde entonces tentativas para atraerse á otros potentados alemanes católicos, y en agosto de 1655 entró en ella el príncipe elector Juan Felipe de Maguncia, que tiempo antes había proyectado ya una unión para la seguridad de los magnates amenazados en el Oeste de Alemania, y había pensado hacer ingresar en ella al mismo emperador y además á la Baviera y al elector de Sajonia. Para esto había entrado en negociaciones con la corte imperial, inmediatamente después de la clausura del parlamento de Regensburg, y el gabinete de Viena no había rechazado sus proposiciones por asegurarse su voto en la próxima elección de emperador. Continuaron después las negociaciones hasta que el elector de Maguncia se decidió á abandonar su proyecto, que solo le daba un papel de segundo orden (2), y se decidió á ingresar en la liga de Colonia. En Francfort se decidió fundir en una las dos ligas, la del 21 de marzo de 1651, á cuya cabeza estaba el elector de Maguncia, y la de Colonia del 15 de diciembre de 1654, lo cual se hizo por un convenio celebrado en Francfort en 11 de agosto de 1655, fijando la duración de la nueva alianza hasta el 15 de diciembre de 1658 (3).

Con la entrada del elector de Maguncia adquirió la liga riniana mayor importancia; el citado elector supo muy pronto ponerse á su cabeza, y se ve claramente que su objeto era convertirla en instrumento de su política para aumentar el poder del arzobispado de Maguncia y asegurar al arzobispo, es decir, á sí mismo y á su ministro Boyneburg, el primer puesto entre los magnates de Alemania, el primer papel en los asuntos generales del imperio y acaso en la política europea.

Claro es que para esto era menester que la liga se extendiera hasta más allá del radio católico y admitiera elementos protestantes, á cuyo fin el elector Juan Felipe entró en negociaciones con los miembros de la alianza de Hildesheim de 1652, invitando también al elector de Brandeburgo. Logró su objeto no sin dificultades, sobre todo de parte de la Suecia y de Brandeburgo, en atención á las complicaciones políticas que existían entre ellos; pero las casas de Brunswick y de Hesse Cassel exigieron la entrada de aquellas dos potencias en la liga, por supuesto por sus territorios alemanes, y entonces fué menester invitarlas. También invitó á los soberanos de Baviera y de Wurtemberg á entrar en la liga y hasta estuvo en tratos con los Países Bajos, con los cuales ya se

para la historia de la liga del Rin de 1658; *Sesiones de la Academia de Ciencias de Viena, parte filosófica é histórica*, tomo CXV, página 99.

(2) Pribram: *Datos para la historia de la liga del Rin*, página 70.

(3) Joachim ha demostrado en la citada obra que se hizo esta fusión efectivamente, y que de consiguiente la liga del Rin tuvo su origen tanto en la liga de Colonia de 1654 como en la de Maguncia de 1651; pero en realidad la citada fusión se redujo á la entrada del elector de Maguncia en la liga de Colonia de 1654, que fué continuada y desarrollada, tanto que sus artículos fueron la base del pacto de 1658.

había tratado antes para establecer un acuerdo entre ellos y la liga riniana (1).

Pocos esfuerzos de estos resultaron fructíferos y no ofrece interés exponerlos aquí; pero las cosas cambiaron con el interregno en abril de 1657, con el cual empezó la importancia del príncipe elector de Maguncia, y naturalmente la de su empresa de la liga del Rin; porque cualquiera que fuese el nuevo emperador, era importante que enfrente de éste hubiera una liga poderosa y bien cimentada de príncipes alemanes dispuestos á impedir todo abuso del poder imperial. Desde el momento en que se vió que la elección se había de hacer á favor de un Habsburgo, quedó también entendido que la nueva liga tendría precisamente un carácter anti-austriaco, y una cosa análoga habría sucedido si la elección hubiese recaído en un candidato protegido por la Francia, en cuyo caso el elector de Maguncia habría dado á la liga un carácter anti-francés y se habría entendido con la casa de Austria. Esto explica á lo menos en parte la duplicidad y la vacilación de la política de Maguncia en aquel tiempo.

La liga destinada á servir de contrapeso al poder del Habsburgo elegido, necesitaba el apoyo de un poder grande, y acaso habría servido para esto el gobierno de los Países Bajos si las negociaciones entabladas con éste hubiesen llegado á buen término; pero esto no sucedió, y como el más poderoso de entre los príncipes alemanes, el elector de Brandeburgo, estaba reconciliado con el Austria y aliado con ella contra la Suecia, no había más potencia que la Francia á la cual los miembros de la liga pudieran dirigirse. Por tanto los príncipes alemanes buscaron otra vez el auxilio de Francia contra el abuso del poder de la casa de Habsburgo. No se sabe quién fué el primero de los príncipes alemanes que solicitó el apoyo de la Francia, pero es probable que lo fuese el conde palatino Felipe Guillermo de Neuburg, que entonces estaba en tratos secretos con Mazarino. De todos modos consta que el gabinete francés no solicitó la admisión en la liga, sino que fué solicitado por los príncipes alemanes, ya que el cardenal Mazarino se decidió muy tarde á entrar en ella (2). La idea, por supuesto, existía ya antes, pero mientras la diplomacia francesa abrigó la esperanza de conseguir la elección del elector de Baviera, no tenía interés en la formación de una liga poderosa de príncipes alemanes capitaneados por el elector de Maguncia, pues que esta liga habría servido inmediatamente para hacer la oposición al protegido de la Francia. En el verano de 1657 se mostró Mazarino todavía indiferente á la formación de una liga riniana; pero tan pronto como al principio del año siguiente se convenció de que no había medio de arrebatar la corona imperial á la casa de Austria, cambió de propósito y apoyó la formación de una liga poderosa que pudiera servir de obstáculo á la libre acción del nuevo emperador. Durante algún tiempo temió no conseguir su propósito en vista de la duplicidad del elector de Maguncia, y se inclinó á hacer tratados separados con los príncipes alemanes; pero finalmente se decidió por la agregación de Francia á la liga ya existente y hacerla servir á los intereses franceses, con lo cual se resarcía su gobierno á los ojos del mundo de la derrota sufrida en la elección del emperador. El astuto cardenal calculó bien.

Desde entonces coincidían los intereses del gobierno francés con los del elector de Maguncia, á lo menos en lo prin-

(1) Este proyecto fué debido al obispo Cristóbal Bernardo de Munster, que en sus disputas con la ciudad del mismo nombre quiso quitar ésta el auxilio de los Países-Bajos. Sus esfuerzos no dieron resultado, pero es interesante saber que de parte de los príncipes alemanes se hizo valer la afinidad de origen entre alemanes y holandeses en su proposición del mes de marzo de 1657.

(2) Pribram en los dos trabajos citados ha puesto esto en claro.

cipal, porque si á la Francia convenía atar las manos al emperador por medio de una buena capitulación electoral y de la liga del Rin, destinada á obligarle á cumplir la capitulación, esto mismo era para el elector de Maguncia el logro de sus esperanzas ambiciosas. Sería injusto ver en la fundación de la liga del Rin del año 1658 una obra de venalidad de los príncipes alemanes á favor de la Francia y de traición á la causa nacional alemana; no fué más que obra de un cálculo erróneo. Desde el siglo XVI se habían unido los príncipes alemanes con la Francia para conseguir objetos de su política particular en el interior del imperio y principalmente enfrente de la casa de Habsburgo, dando pruebas frecuentes de bajeza, de venalidad vergonzosa y de entrega cobarde y aviesa á una potencia extranjera. También inspiraron estos motivos indignos á muchos miembros de la liga del año 1658; pero no debe desconocerse que había al mismo tiempo razones que justificaban esta conducta ó á lo menos la explicaban. En cuanto al elector de Maguncia, había una elevada dosis de engreimiento y de ilusión en la misión histórica de su dignidad de archicanciller (3). No había medio de eludir la elección de un Habsburgo, á pesar de ser un emperador de esta familia un peligro constante para la paz del imperio y para la independencia de sus príncipes, y esto hizo recordar al elector de Maguncia la misión tradicional de su dignidad, que consistía en velar por la seguridad del imperio y de sus magnates, lo cual creyó lograr por medio de la liga y de su unión con la Francia. Por lo demás, los proyectos de unión bajo la presidencia del Brandeburgo patrocinados por el conde de Waldeck suponían también el acuerdo con la Francia.

La influencia francesa se sentía ya entonces en el imperio como un peso inaguantable y no convenía aumentarla con la admisión del rey de Francia en una liga de príncipes alemanes; pero también hay que tener presente que la Francia de 1658 no era entonces lo que fué diez años después, ya que todavía la guerra contra España absorbía todas sus fuerzas, y el mundo no había visto aun la guerra de devolucion ni la sorpresa contra la Holanda en el año 1672, ni la guerra de despojo de 1689. El carácter peligroso de la política francesa quedó patente solo algunos años más tarde, cuando empezaron á manifestarse bajo el gobierno autocrático de Luis XIV los efectos de la paz de los Pirineos. En 1658 bien podía un príncipe alemán á la cabeza de una liga notable tener la ilusión de que podría entrar en una unión política con la Francia sin hacerse vasallo de esta potencia; el elector de Maguncia no pensaba ciertamente en aceptar este vasallaje ni para sí ni para la liga que capitaneaba, y habiendo contribuido á la derrota diplomática de Mazarino en el asunto de la elección del emperador, no fué una ilusión tan ridícula la de creer que conseguiría restablecer el equilibrio entre las grandes potencias reñidas y conservar la paz en el imperio alemán.

El éxito no favoreció los deseos y proyectos del elector de Maguncia; la liga del Rin no consiguió establecer el equilibrio entre las grandes potencias ni asegurar al mundo y al imperio alemán la paz. Esta liga, muy al contrario, fué el

(3) Es interesante observar la conservación constante de estas tradiciones en las cortes eclesiásticas; porque cuando en el año 1785 se vió inducido el elector Federico Carlos de Maguncia á decidirse respecto de la liga de príncipes alemanes propuesta por Federico II de Prusia, estudió con afán las actas de la liga del Rin de 1658. Véase la correspondencia política de Federico Carlos de Baden, tomo I, pág. 95, publicada por el autor de la presente obra. En el transcurso de estos estudios se pueden observar los esfuerzos que se hicieron para constituir á Maguncia en centro de estos trabajos de unión. Ranke: *Las potencias alemanas y la liga de príncipes*, tomo I, pág. 382; tomo II, página 310.

desgraciado instrumento del predominio francés en Europa, y en Alemania en particular, si bien la influencia de este instrumento no fué en realidad tanta como se ha dicho. La idea fundamental de la liga del Rhin no fué una utopía política ni una empresa antipatriótica.

Además de la Francia y acaso con mayor ventaja inmediata que ésta entró en la liga otra potencia extranjera, bien que al propio tiempo miembro del imperio, á saber: la Suecia, por los territorios de Bremen y Verden. Su ingreso en la liga hizo imposible la participacion del Brandeburgo, y además servía para el rey Carlos Gustavo de garantía de sus territorios alemanes y le cubría la espalda.

No es aquí el lugar de entrar en las largas negociaciones que finalmente dieron origen á la liga y que han sido descritas recientemente con la mas angustiosa minuciosidad.

En 15 de agosto de 1658, cuatro semanas despues de la eleccion del emperador, fué firmada en Francfort el acta de la nueva alianza por los plenipotenciarios de los príncipes unidos, que eran los tres electores eclesiásticos de Maguncia, Colonia y Tréveris, el obispo de Munster, el conde palatino Felipe Guillermo de Neuburg, el rey Carlos Gustavo de Suecia como duque de Bremen y de Verden, los duques Guillermo, Augusto y Cristian Luis de Brunswick-Luneburg y el landgrave Guillermo de Hesse-Cassel (1). Al dia siguiente 16 de agosto pasaron los plenipotenciarios alemanes á Maguncia, donde se hallaba la embajada francesa, que firmó el instrumento por el cual ingresó en la liga de príncipes alemanes el rey de Francia en calidad de «miembro de la paz.»

La liga debía durar por lo pronto tres años; era una alianza defensiva para la conservacion de la paz de Westfalia, y la fuerza armada que prometieron poner á disposicion de la liga los aliados alemanes fué fijada en 5,100 infantes y 2,550 soldados de caballería. La corona de Francia se obligó á poner por su parte 1,600 infantes y 800 jinetes; por manera que toda la fuerza armada oficial de la liga consistía en 10,000 hombres. El acta de fundacion de la liga solo contenía disposiciones relativas á la defensa militar y nada decia de lo que podía tener esta liga de organizacion política. Entre sus miembros ninguno quedó designado como cabeza ó director de la liga, y en el acta del ingreso de la Francia todo suponía completa igualdad y reciprocidad, si bien al ingreso del rey de Francia en una liga creada ya por príncipes alemanes (2), quedó entendido, siguiendo la costumbre, que el presidente nato de la liga sería el príncipe elector de Maguncia, aunque el documento no lo dijera expresamente.

De importancia práctica inmediata son las disposiciones relativas á las dos potencias entonces en estado de guerra. A la corona de Suecia aseguraba la liga la proteccion de los ducados de Verden y Bremen contra todo ataque de parte de Polonia ó de Brandeburgo (no se menciona al emperador), y los aliados declararon al mismo tiempo que no intervendrían en los conflictos habidos entre la Suecia y el Brandeburgo en Polonia, Prusia, Pomerania y Brandeburgo: disposicion peligrosa para el elector de Brandeburgo, el cual reclamó contra la tendencia de la liga que favorecía á la corona de Suecia en perjuicio de su electorado. Los miembros de la liga se comprometieron respecto de la corona de Francia á hacer cumplir la garantía general dada en el tratado

(1) El elector de Tréveris y el obispo de Munster no añadieron su firma todavía, pero lo hicieron poco despues.

(2) El documento alemán de la liga está fechado en 4 (14) de agosto, mientras el documento francés lleva la fecha del 15 de agosto de 1658. Véase Loudorp: *Acta publica*, tomo VIII, pág. 417, y Dumont: *Corps. univ.*, tomo VI, pág. 235.

de Munster, y se obligaban á no permitir el paso por sus respectivos territorios de tropas auxiliares (austriacas) que se enviaran á Flandes (al auxilio de los españoles) ni tolerarles la permanencia en sus Estados. De esta manera los príncipes confederados pensaban obligar á la política austriaca á cumplir la capitulacion electoral, no pudiendo hacer nada si el emperador contravenía á la capitulacion enviando auxilios á los españoles á Italia. Un año despues se hicieron inútiles estas precauciones por la paz de los Pirineos firmada entre España y Francia.

La importancia de la liga del Rhin no consistía en sus disposiciones concretas, sino en el hecho de haberse fundado una liga de príncipes alemanes con Francia, de la cual la política francesa supo servirse hasta mucho mas allá de su objeto primitivo.

El imperio alemán en la paz de Westfalia se había librado del peligro de ver entre sus miembros al rey de Francia. Pero la entrada de esta potencia en la liga del Rhin dió á la política francesa el deseado asidero para mezclarse siempre que le convino en los asuntos interiores del imperio con el pretexto de sus obligaciones como miembro de la liga del Rhin. Sin embargo, no debe exagerarse la importancia de este recurso de la diplomacia francesa, porque para las intenciones del gobierno francés en Alemania le bastaban y sobaban los recursos usuales de su diplomacia, y además le podía servir hasta donde quisiera y pudiera la calidad de potencia garante de la paz de Westfalia; mientras por otro lado y en circunstancias favorables la liga del Rhin habría podido servir para moderar y limitar la accion de la política francesa en Alemania. En este sentido trató el elector de Maguncia en adelante repetidas veces de servirse de la liga y con igual propósito entró en ella en 1665 el elector Federico Guillermo de Brandeburgo.

CAPITULO IV

LA GUERRA DE DINAMARCA Y LA PAZ DE OLIVA

Mientras los príncipes y diplomáticos estaban ocupados en Francfort en las sutilezas de la capitulacion electoral y de la liga del Rhin, se acumulaba en el Norte una nueva tempestad que volvió á llamar la atencion general á aquella parte. El mismo dia en que se firmó la liga del Rhin abrió Carlos Gustavo la segunda guerra contra Dinamarca.

La paz de Rothschild que el vencedor sueco había impuesto en febrero de 1658 al rey Federico de Dinamarca, fué, como la mayor parte de los triunfos de Carlos Gustavo, mas deslumbradora que de efecto permanente. Las fuerzas de Dinamarca habían sucumbido antes de que pudieran entrar en accion aquellos otros puntales de su poderío que consistían en sus alianzas. Faltaba saber si el emperador, los Países-Bajos, Polonia y el Brandeburgo reconocerían los hechos consumados al firmarse aquella paz, y si aquellas potencias consentirían que la Suecia cerrase el estrecho; que ninguna escuadra de guerra extranjera pudiese recorrer el Báltico sin su permiso; que el Báltico y todas sus costas quedasen á merced de la Suecia; que cayese en su poder Dantzig, no defendida ya por la escuadra holandesa, y con ella toda la Prusia occidental.

Los Países-Bajos fueron los que se vieron mas amenazados por la paz citada. Poco habría importado á la política egoísta de los aristócratas dominantes en Holanda, que su aliada la Dinamarca hubiese tenido que ceder algunas provincias á la Suecia; pero no les convenía que se cerrase el Báltico á sus buques de guerra y que su comercio en este mar quedase sujeto á la arbitrariedad de los suecos, conforme

se desprendía de las condiciones de paz de Rothschild. En llegando á este extremo se acababan la paciencia y las intenciones pacíficas del gobierno de Holanda, el cual por lo mismo armó una numerosa y fuerte escuadra mientras la diplomacia holandesa trabajaba en Copenhague contra la ejecucion de la paz, y para animar al rey de Dinamarca á la resistencia y á que protestara sobre todo por todos los medios posibles contra el insostenible artículo relativo al cierre del estrecho. En la misma Dinamarca se creyó que este artículo era el golpe de gracia que se daba á la independencia del reino. Se procuró, pues, eludirlo por todos los medios; había seguridad de tener en una nueva lucha aliados poderosos, pero por lo pronto se habían consumido las propias fuerzas, y no era la Dinamarca quien podía tomar la iniciativa para comenzar otra vez la guerra.

Pero éntonces el rey de Suecia en persona tomó la iniciativa inesperadamente, pues Carlos Gustavo se volvió á encontrar en la situacion antes descrita de tener que lanzarse á otra guerra despues de su triunfo en Dinamarca y solo era dudoso para él á cuál de sus muchos adversarios atacaría. En vista de la inseguridad general de la situacion política, no podía pensar en licenciar su ejército, y por otra parte tampoco podía mantenerlo en su propio país. Necesitaba un país enemigo adonde conducir sus tropas victoriosas y en donde mantenerlas. Todavía se hallaba en estado de guerra con la Polonia; pero ni le interesaba renovar allí la guerra ni continuar la que tenía con los moscovitas, ni tampoco gustaba á sus tropas la lucha en aquellos países lejanos, por lo cual estaba muy inclinado á hacer un arreglo pacífico con estos dos contrarios. Lo que le plugo entonces mas fué llevar sus armas á Alemania y castigar al elector de Brandeburgo en la Marca por haber abandonado su causa, pensando quizá despues echarse en una de sus rápidas marchas sobre los Estados hereditarios del Austria, acudir al auxilio de los protestantes austriacos oprimidos y destruir al fin las esperanzas que tenía el Habsburgo Leopoldo de ser elegido emperador.

No se llegó á tanto. Las negociaciones con Dinamarca relativas á la ejecucion de la paz de Rothschild y á la alianza estrecha entre las dos potencias escandinavas estipulada en dicha paz produjeron continuamente nuevas dificultades. El rey Federico, animado por la actitud de los Países-Bajos, cobró lentamente algunas esperanzas de llegar á cambiar su suerte y fué mostrando gradualmente mayor seguridad, á la manera del naufrago, dice un contemporáneo, que acaba de salvar su vida sobre una tabla y que al llegar á la playa siente no haber salvado tambien sus mercancías. El rey Carlos Gustavo hubo de convencerse cada vez mas de que aquella paz brillante no había satisfecho cumplidamente todas sus esperanzas, pues faltaba mucho para tener á la Dinamarca completamente en su poder. Era de esperar que el rey Federico aprovechara la primera ocasion para anular toda aquella obra de paz que le era tan odiosa, uniéndose con la Holanda y otras potencias amigas, y para volver á probar fortuna contra la Suecia. La cuestion del nuevo emperador estaba poco menos que resuelta en Francfort; y ofrecía pocas probabilidades de buen éxito empezar en tales circunstancias una guerra en el imperio. La liga del Rhin próxima á realizarse cubría por este lado las espaldas á la Suecia y cuando menos protegía una parte de sus territorios alemanes, y por tanto Carlos Gustavo, en julio de 1658, despues de largas vacilaciones tomó una resolucion rápida, y declarando incompleta la paz de Rothschild, volvió á empezar la guerra contra Dinamarca.

El rey de Suecia entró en esta segunda guerra dinamarquesa con intenciones mucho mas latas que las que había

tenido hasta entonces. Estaba decidido, en caso de que la fortuna le favoreciese, á dar al Norte escandinavo una nueva y definitiva forma, á expulsar al rey de Dinamarca y restablecer la union de los tres reinos. Quería llevar en adelante el título de rey de los suecos, de los godos, de Dinamarca, de Noruega y de los *wendos*, y recibir en Schonen el homenaje de sus nuevos súbditos con «la frente ceñida de la corona de Suecia y teniendo delante en una mesa la corona de Dinamarca.» En su mente preparó ya la forma de gobierno de la gran monarquía escandinava (1).

Se hicieron los preparativos con el mayor sigilo. En Kiel se reunieron la escuadra y el ejército, siendo condicion principal que se diera el golpe decisivo antes de que ninguno de los contrarios pudiese presentarse en escena. Este golpe decisivo debía ser la toma de la capital de Dinamarca y la prision del rey de este país si era posible.

El 15 de agosto de 1658 se hizo á la mar la escuadra sueca desde Kiel, compuesta de once buques de guerra y sesenta de transporte, sin que nadie supiese adonde se dirigía. El primer plan del rey fué marchar directamente á Copenhague, desembarcar allí y apoderarse por sorpresa de la ciudad por medio de un rápido golpe de mano. Este plan atrevido, que consideradas las circunstancias pudiera haber tenido buen éxito, encontró objeciones en el consejo de guerra y Carlos Gustavo cedió, quizás para su mal. La armada recibió orden de dirigirse á Korsor, en la costa occidental de Seeland, y desde allí el ejército emprendió la marcha sobre Copenhague; pero al presentarse delante de la capital de Dinamarca, despues de distinguir ya desde lejos los arrabales incendiados, se vió que se había perdido la ocasion de dar un golpe de mano. La aparicion del enemigo delante de las puertas de la ciudad, ya no tuvo el efecto paralizador de algunos meses antes. La indignacion á la vista del inicio rompimiento de la paz se apoderó de todos los ánimos y les hizo tomar las resoluciones mas heroicas. Todas las clases de la poblacion se agruparon alrededor del rey. Los vecinos y los estudiantes echaron mano á las armas; los licenciados acudieron desde el campo, y todos los habitantes de la capital se mostraron decididos á resistir á todo trance para defender la capital, de la cual dependía la suerte de todo el reino.

Carlos Gustavo no se atrevió á intentar el asalto para tomar la ciudad y se vió obligado á empezar un sitio en toda regla, para el cual por lo pronto no estaba preparado; de suerte que la empresa tomó un aspecto muy diferente del que ofrecía el plan original. El único resultado valioso que alcanzó el rey de Suecia en aquel punto fué que el almirante Wrangel consiguió hacer capitular despues de tres semanas de sitio (en 16 de setiembre) la fortaleza de Kronenborg, que dominaba el Sund; mas no por esto se debilitó la resistencia de Copenhague, antes fué en aumento cada dia y no permitió al rey Carlos Gustavo abandonar su puesto.

El ataque brutal de los suecos indujo á todas las potencias amigas á tomar parte en la lucha. Los gobernantes y mercaderes de los Países-Bajos amenazados en sus intereses comprendieron la magnitud del peligro; sin descanso se concluyó el armamento de la escuadra, para que pudiera estar antes de entrar el invierno en el teatro de la lucha, y á principios de noviembre se presentó á la entrada del Sund la escuadra holandesa, compuesta de treinta y cinco buques acompañados de muchos transportes con tropas de desembarco y provisiones, mandada toda por el almirante holandés Jacobo de Wassenaer. Carlos Gustavo estaba decidido á mantener cerrado el Sund, conforme había mandado, y cuando algunos dias despues, en 8 de noviembre, el almi-

(1) Carlson: *Historia de Suecia*, tomo IV, pág. 309.